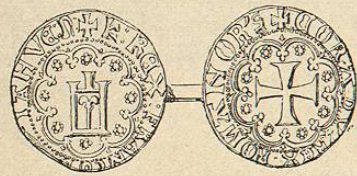


alegando su autoridad pontificia. Los duques de Berri y de Borgoña se retiraron profundamente irritados. La cólera de la Universidad fué tanto más viva cuanto que sus esperanzas habían sido mayores. Escribió al papa que su obstinación sería cismática; apeló de ella al papa futuro, elegido canónicamente, y anunció que iba á ponerse en campaña para hacer triunfar, á pesar de todo, la vía de cesión. Los más famosos doctores, Plaoul, Deschamps, Courtecuise, fueron, como misioneros de la Universidad, montados sobre jacas á estilo de las damas, á predicar en las ciudades, en las escuelas, en las cortes, contra los dos papas. Como atacan los vicios de las iglesias, al mismo tiempo que el cisma, infunden en los espíritus la idea de una reforma general.

Hungría, Aragón, Castilla, Escocia, Navarra, el duque de Baviera y algunos prelados alemanes parecieron adherirse á las proposiciones de la Universidad y del



Moneda de Carlos VI, acuñada en Génova

rey. El emperador y el rey de Inglaterra vacilaban. Para obligar á Benedicto XIII á que cediera, la Universidad, en una nueva asamblea del clero, celebrada en agosto de 1396, propuso «la substracción á la obediencia:» la Iglesia de Francia se negaría, hasta que la unión se hubiese realizado, á reconocer la autoridad del papa de Aviñón. Antes de decidirse á tomar este partido extremo, el rey negoció nuevamente con Inglaterra y con Alemania. Una entrevista que se verificó entre Carlos VI y Wenceslao de Bohemia en Reims, á fines de marzo de 1398, no adelantó mucho las cosas. Se hicieron nuevas gestiones cerca de Benedicto XIII. Pedro de Ailli, obispo de Cambrai, uno de los doctores más famosos de la Universidad, antes partidario entusiasta de la unión, pero muy apaciguado por los honores, fué, en nombre de Wenceslao, á Aviñón y á Roma á suplir á los papas con una dulzura y una unción que fueron enteramente inútiles. Por fin, Benedicto XIII pareció provocar al rey de Francia, rehusando prorrogar más allá de 1.º de abril de 1398 las décimas de que vivía en parte el gobierno real.

El 22 de mayo de 1398 se inauguró en París una nueva asamblea del clero para examinar la substracción á la obediencia. En dicha asamblea, á la que asistían más de cincuenta obispos, el rey está representado por los duques de Borgoña, de Berri y de Orleans. El concilio instituyó un debate contradictorio entre seis doctores designados de oficio para defender á Benedicto XIII, y otros seis encargados de acusarle. Se discurió durante una semana, y después se aplazó la asamblea. Se hizo un escrutinio; los duques de Berri y de Borgoña, acérrimos partidarios de la substracción inmediata, lo vigilaron y presidieron al recuento de votos; el duque de Orleans, mucho menos animado contra el papa de Aviñón, se mantenía en actitud reservada. Sin embargo, se aguardó más de un mes en dar á conocer el resultado. Por fin, en 28 de julio, la asamblea se reunió de nuevo;

pero el duque de Orleans no compareció. El escrutinio dió ciento cuarenta y siete votos en pro de la substracción inmediata, veinte por la substracción después de hacerse una última tentativa, y diez y seis en favor de un nuevo concilio. Estas cifras eran falsas; la mayoría en pro de la substracción inmediata había sido escasa: ciento veintitrés votos contra cerca de noventa (1). Pero desde la víspera la ordenanza real estaba preparada, y se promulgó en seguida. El duque de Orleans se decidió, por último, á dar también su adhesión.

La substracción era un hecho de extraordinaria gravedad. Ni el clero ni los fieles nada deberán pagar en lo sucesivo, por cualquier título que sea, á los agentes de Benedicto XIII. El Papado había absorbido la colación de la mayor parte de los beneficios eclesiásticos (2): en adelante, los beneficios serán provistos según las reglas canónicas, por elección ó por la colación de los patronos. Los beneficios de aquellos que seguirán siendo adictos á Benedicto XIII se darán á otros ó se pondrán en secuestro. Ningún comisario de Benedicto XIII (conservador apostólico, auditor, juez, delegado, ejecutor) podrá ejercer sus facultades en el reino ni hacer acto alguno de procedimiento, tal como citación, nominación, censura, etc. Se llamaba á ese régimen la vuelta al antiguo derecho, la «restauración de las libertades de la Iglesia de Francia.»

Esta revolución llevó una perturbación extraordinaria á la vida religiosa. Como el Papado estaba suspendido, por decirlo así, no hay más autoridad general, en materia eclesiástica, que la del rey nuevo Carlomagno, jefe de una especie de Iglesia nacional autónoma: lo cual era muy peligroso para la Iglesia en aquel tiempo. Todos los usos para la concesión de los beneficios se habían reemplazado por reglas antiguas; pero estas reglas ya estaban olvidadas; la tradición de las elecciones se había perdido, y la vuelta al pasado corría el riesgo de crear nuevos abusos. Finalmente, no había unanimidad, para la substracción, en la Iglesia de Francia. Varios prelados y numerosos dignatarios eran adictos al papa de Aviñón por interés ó por conciencia. La Universidad de Tolosa le sostenía enérgicamente. ¿Cómo expulsar á todos los partidarios de Benedicto XIII? Y el papa seguía confiriendo beneficios vacantes y enviando colectores y jueces. La situación amenazaba hacerse muy intrincada.

Al mismo tiempo que el Papado, estaba también en crisis el imperio, segundo gran poder de la Edad media. Wenceslao, que no salía apenas de sus bosques de Bohemia, había perdido toda autoridad. En Italia había nombrado á Juan Galeas duque de Milán, y dejado que los franceses se establecieran en Génova y en Nápoles, cuyos hechos se le reprocharon como otros tantos atentados contra la integridad del imperio. También

(1) N. Valois, obra citada, III, pág. 72.

(2) Poco á poco los papas habían acaparado, con pretexto de reservas, de prohibiciones y de expectativas ó gracias, el derecho de nombrar para un gran número de beneficios á los cuales se proveía en otros tiempos por elección ó por designación de los patronos. Para dar una idea de este acaparamiento, basta recordar, como ejemplos, que el 18 de noviembre de 1378, Clemente VII había puesto á disposición de Carlos V cien canongías y otras tantas á disposición del delfín, y que el mismo papa abandonó á Carlos VI, cuando éste le visitó en 1389, la provisión de setecientos cincuenta beneficios.

se le tenía mala voluntad por ceder en todos los pequeños conflictos que se suscitaban con Francia sobre las fronteras imperiales de Saboya ó de Flandes, en los obispos de Cambrai, de Verdún, de Toul y de Metz. Estaba en gran intimidad con el duque de Orleans, cuya ambición se temía. En fin, se contaba que en una entrevista en Reims Wenceslao había prometido á Carlos VI substraerse á la obediencia del papa de Roma, á quien Alemania quería permanecer fiel.

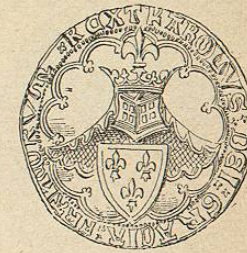
Desde 1397 se trató de deponer á Wenceslao, que se quedó tranquilamente en Bohemia y que no compareció á la última citación que le hicieron los príncipes del imperio en el verano del año 1400. Carlos VI, solicitado por él, intervino muy flojamente para sostenerlo. En 20 de agosto Wenceslao fué depuesto, y al día siguiente Roberto de Baviera fué elegido rey de los romanos. Los dos pidieron el apoyo del rey de Francia; pero Orleans estaba en favor de Wenceslao, y Borgoña en favor de Roberto. Una demostración armada del duque de Orleans no dió ningún resultado. Los enviados del rey de Francia asistieron, en enero de 1401, al coronamiento de Roberto de Baviera. Pero Wenceslao no aceptó su destitución, y en su consecuencia hubo cisma en el imperio como en la Iglesia, y dos emperadores como había dos papas.

Mientras que la cristiandad se dividía de esta manera, los turcos habían hecho en la península de los Balcanes progresos alarmantes. Después de la gran batalla de Kossowo, Bayaceto, «el Rayo de la guerra,» había avanzado hasta el Danubio y en 1391 decentado la Hungría. Toda Europa estaba amenazada. Entonces, al llamamiento del rey de Hungría, se volvió á hablar de cruzada. Era el momento de la tregua entre Francia é Inglaterra; los jóvenes caballeros de los dos países buscaban ocasiones de gloria. En 1395 fué Francia la que, fiel á su tradición, mostró más entusiasmo por la cruzada. Una embajada húngara fué á Lyon á ponerse de acuerdo con el duque de Borgoña. El mando de los cruzados de Francia se dió á su hijo mayor, Juan, conde de Nevers, que no tenía más que veinticuatro años. A su lado se agrupó toda «la flor de caballeros y de gentes nobles» en número de cerca de diez mil hombres. Provisos de indulgencias pontificias, partieron, brillantes y gozosos, como si fueran á un torneo. Por su parte el rey de Hungría, Segismundo, había reunido un fuerte ejército compuesto de alemanes, ingleses, polacos, válacos y sobre todo húngaros. La concentración se hizo en Buda. Segismundo hubiera preferido aguardar á los turcos; no tenía confianza en este ejército abigarrado. Pero los caballeros franceses querían en seguida una batalla.

Para atacar á los turcos en la orilla derecha del Danubio, el ejército pasó el río cerca de Orsova y luego avanzó desde Widdin hasta Nicópolis. El descuido era tan grande que Bayaceto pudo acercarse á los cruzados sin que éstos lo notasen. En 25 de septiembre de 1396, cien mil cristianos se encontraron con ciento diez mil turcos. Para animarse, los cristianos degollaron antes de la batalla á todos sus prisioneros musulmanes. Los franceses atacaron á su manera; cayeron derechamente sobre el enemigo; pero los turcos volvieron á cerrarse sobre ellos, mientras que la mayor parte del ejército de Segismundo emprendía la fuga. Se dice que los cruza-

dos mataron á treinta mil infieles. Bayaceto, exasperado por sus pérdidas, fué implacable. Jaime de Heilli, que sabía el turco, le designó á los señores más poderosos y más ricos. Los demás prisioneros desfilaron á su presencia. Bayaceto les miraba un momento, daba una señal y los genizaros los mataban sucesivamente. No pasaron de veinticuatro los caballeros perdonados. Internados en el Asia Menor esperaron durante nueve meses su rescate (1).

Mal terminaba el siglo para la cristiandad, perturbada en la persona de su jefe y en sus miembros. El escándalo del cisma se inveteraba y en Inglaterra y en Alemania veíase la fe amenazada por herejías. En el Oriente de Europa la cruz ha sido vencida y no cesa de perder terreno; en todas partes la sociedad ha visto turbada por la lucha de los pequeños contra los grandes; el orden político está trastornado, habiendo sido arrojados del trono un rey en Inglaterra y otro en Alemania. Y la Francia, con su monarca loco y sus príncipes ocupados en sus intereses y en sus ambiciones, hállase amenazada de una guerra civil; la paz con Inglaterra está gravemente comprometida á consecuencia del destronamiento de Ricardo II, y la Iglesia del reino se ve desgarrada por la substracción á la obediencia. De los grandes proyectos concebidos por el rey ó por los príncipes, casi ninguno ha tenido éxito; se han cometido muchas locuras, se ha gastado mucho dinero y se anuncian para el porvenir grandes desgracias.



Moneda de oro de Carlo VI

CAPITULO III

LA GUERRA CIVIL (2)

I. Orleans y Borgoña.—II. Primeros conflictos.—III. Juan Sin Miedo y el asesinato del duque de Orleans.—IV. Armagnacs y borgoñones.—V. Los Estados de 1413.—VI. Los cabochianos.—VII. Cisma y concilios.

I.—Orleans y Borgoña

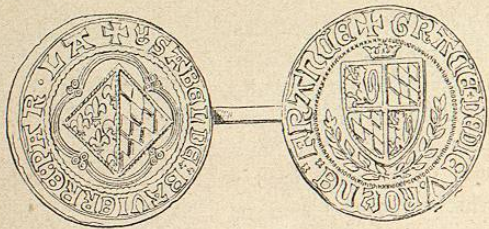
En la mayoría de los grandes problemas que ocuparon la política real á fines del siglo XIV, hemos visto ya surgir una rivalidad alarmante entre el hermano y el más poderoso de los tíos del rey, entre el duque de Orleans y el duque de Borgoña; en los primeros años del siglo XV, esta rivalidad es causa de disensiones en la corte, en el gobierno y en el reino.

El duque de Orleans es un príncipe delicado, agra-

(1) Delaville Le Roulx, *La France en Orient au XIV siècle*, 1886.

(2) FUENTES.—Véanse las fuentes indicadas en la pág. 516, excepción hecha de la *Chronographia regum Francorum*, de la *Chronique des quatre premiers Valois* y de las *Chroniques* de Froissart, que sólo llegan hasta fines del siglo XIV ó principios del XV. Añádanse, en cambio, Enguerrand de Monstrelet, *Chroniques*, edición Douët d'Arcq, 1857-1862. Le Fevre de Saint-Remy, *Chroniques*, edición Morand, 1876-1881. Pedro de Fenin, *Mémoires*, edición Dupont, 1837. G. Le Bouvier, llamado el heraldo Berri, *Chroniques*, en Juvenal des Ursins, *Histoire de Charles VI*, edición Dionisio Godefroy, 1635. *Journal d'un bourgeois*

dable, instruído, que estimula á los poetas y á los que representan misterios; su ingenio es brillante y mordaz, y cuando conviene sabe ser elocuente. Es al mismo tiempo un modelo de piedad y de devoción; multiplica sus ofrendas piadosas y enriquece á los celestinos, en cuyo monasterio tiene su celda y en compañía de los cuales practica sus ayunos, canta maitines y hasta recibe disciplinazos. Pero, por otra parte, es superficial y ligero, liberal y voluptuoso; pasa una gran parte de su vida en fiestas y recepciones y retozando en sus palacetes, siempre acompañado de sus lebreles, de sus bufones y de sus ministriles. Gústánle los perfumes, las golosinas, los platos escogidos; es un gran jugador que pierde tranquilamente considerables sumas en los juegos de la palma, del trinquete, de las «cuartas» y del



Jetón de Isabel de Baviera

ajedrez; tiene magníficos trenes de perros y halcones, y sus trajes son de extraña riqueza, adornados con dibujos bordados que representan animales y flores de oro y plata, y con campanitas y cascabeles. Finalmente, el duque de Orleans es un marido inconstante.

Para sostener este sistema de vida y sus ambiciones políticas, el duque solicita y recibe incesantemente del rey donaciones de grande y pequeña cuantía. Su patrimonio aumenta de año en año hasta el punto de que en 1407 poseía el ducado de Orleans, el Perigord, los condados de Valois, de Beaumont, de Dreux, de Blois, de Dunois, de Soissons, de Angulema, de Porcien, el señorío de Couci, Chateau-Thierry, La Fere, Chauni, Provins y Montargis, y fuera de Francia, el condado de Asti y el ducado de Luxemburgo. Pero estos territorios están diseminados y el príncipe ambiciona los vastos principados de los duques de Berri y de Borgoña. Por otra parte, sus propiedades son para él ocasión de gastos immoderados, puesto que hace construir los castillos de Pierrefonds y de la Ferté-Milón y embellecer los de Chateau-Thierry y de Couci; y para pagar este lujo recauda en provecho propio los subsidios reales sobre sus tierras. Cuando sus rentas están agotadas, recurre á las del reino; en tiempos de su poderío, dispone de los subsidios, disipando los grandes pechos de 1402, 1404 y 1405. Sus cualidades brillantes y sus éxitos despiertan

de Paris, edición Tuetey, 1881. Cousinot le Chancelier, *Geste des Nobles*, edición Vallet de Viriville, 1859. D. Plancher, *Histoire de Bourgogne*, III, Preuves, 1781. La Barre, *Mémoires pour servir à l'histoire de France et de Bourgogne*, 1729. De Laborde, *Les ducs de Bourgogne*, Preuves, 1849-1851. Es preciso también tener en cuenta los folletos de forma histórica ó poética; los principales folletos borgoñones han sido editados por Kervyn de Lettenhove en las *Chroniques relatives à l'histoire de la Belgique sous la domination des ducs de Bourgogne*, 1870-1876.

OBRAS DE CONSULTA.—Jarry, *La Vie politique de Louis d'Orléans*, 1889. A. Champollion, *Louis et Charles, ducs d'Orléans*, 1844. A. Coville, *Les Cabochiens et l'ordonnance de 1413*, 1888. Wylie, *History of England under Henry IV*, 1884-1898.

celos en la corte y en todas partes se le mira con poca simpatía á causa de sus frases irónicas, de sus placeres, de sus apuros pecuniarios y de sus proyectos de conquista.

Felipe el Atrevido tiene sobre su rival la superioridad de la edad, de la experiencia, de la autoridad personal y del poder; posee el ducado y el condado de Borgoña, los condados de Charolais, de Nevers, de Rethel, vastos territorios en Champaña, Artois y Flandes y el señorío de Malinas, para no citar más que las grandes propiedades. Algunos matrimonios y ciertas negociaciones hábiles prometen á la casa de Borgoña la herencia de Brabante, de Limburgo, de Hainaut y de Holanda. Un poder de tal naturaleza creaba relaciones dinásticas y comerciales en todas partes; así es que la política de un duque de Borgoña era tan activa y extensa como la del mismo rey. En las cuentas de los ingresos generales de Borgoña consta que el total de las pensiones y gajes de que podía disponer el duque asciende, desde marzo de 1401 á marzo de 1402, á 59.230 libras tornesas, y el de los donativos á 58.820. El duque regala todos los días dinero, caballos, pipas de vino de Beaune y telas preciosas. En cuanto á la administración de sus bienes, exige agentes y funcionarios de toda clase, numerosos consejeros, un tribunal y hasta un verdadero ejército que gasta «que es un horror decirlo.» De aquí que las rentas del duque de Borgoña, por muy considerables que sean, no bastan para sostener ese Estado borgoñón, y que en su presupuesto resulte un enorme pasivo que de marzo de 1401 á marzo de 1402 se eleva á 488.105 libras tornesas y desde fines de enero de 1410 á igual fecha de 1411, á 538.553. Al igual que el duque de Orleans, el de Borgoña recurre al rey, el cual le hace incesantes y cuantiosas donaciones sobre los subsidios del reino: 192.943 libras tornesas en 1400-1401, 163.424 en 1401-1402 y 238.325 en 1410-1411, á pesar de lo cual cada año hay un exceso de los gastos sobre los ingresos. Ninguno de los dos príncipes puede prescindir de las cajas reales; para vivir, es preciso que uno de los dos domine, con exclusión del otro, el gobierno real.

No existe autoridad alguna que entre ellos pueda interponerse. El rey tiene frecuentes accesos de demencia y su inteligencia se oscurece de año en año, y la reina, muy hermosa todavía, es caprichosa, arrebatada y dada con pasión á las galas y á los placeres. Su familia y el odio de los suyos contra Juan Galeas Visconti de Milán habíanla hasta entonces hecho figurar en el partido borgoñón; pero era mujer que sólo á sus caprichos obedecía y pronto la encontraremos al lado del de Orleans. El duque de Berri, cuyos bienes forman una masa compacta en el centro del reino, es un epicúreo, un pródigo, un aficionado á las bellas artes, no un político; el duque de Borbón, pacífico y benévolo, da buenos consejos, pero no está en condiciones de imponerlos; y al frente de la casa de Anjou se encuentra un hombre muy joven, Luis II de Sicilia, ocupado por completo en asuntos italianos. La notable generación de los consejeros de Carlos V está en el ocaso de la edad y los consejos están entregados á la influencia de los príncipes; y el Parlamento, por último, está aún lejos del día en que podrá desempeñar un papel político y en los comienzos del siglo xv hasta se niega á ello sueltamente.

II.—Primeros conflictos

Los duques de Orleans y de Borgoña asistían juntos al consejo: cuando el rey estaba enfermo, quien allí mandaba era Felipe el Atrevido; pero en los momentos de lucidez de Carlos VI, la ventaja estaba de parte del duque de Orleans, á quien el monarca profesaba gran cariño. De esta suerte, los dos príncipes se contrarrestaban y se exasperaban uno á otro alternativamente, no pa-
sándose, á partir de 1401, ningún año sin que se produjesen algunos incidentes. A fines de la primavera de dicho año, la reina, los duques de Borgoña y de Berri y el rey de los romanos, Luis de Baviera, organizan una coalición contra el duque de Orleans, el cual, llevado de su espíritu emprendedor, quiere actuar de amo en todos los asuntos, aprovechándose de la ausencia de Felipe el Atrevido, que desde principios del verano hállase retenido en los Países Bajos. Felipe se alarma por lo que en París acontece, y la desconfianza llega ya á tal punto que por ambos lados se hacen grandes armamentos. Pero al regresar el duque de Borgoña en diciembre de 1401, la reina y los duques de Berri y de Borbón impiden la ruptura por medio de un arbitraje.

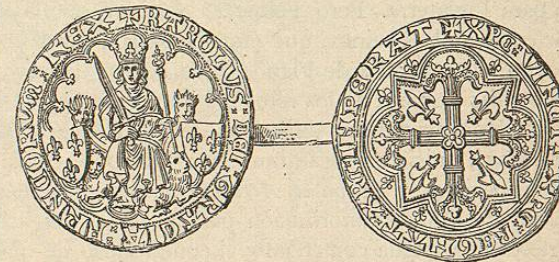
Al año siguiente, en abril de 1402, durante una nueva ausencia de Felipe el Atrevido, el duque de Orleans se hace nombrar soberano gobernador de los subsidios, con lo cual puede disponer de todo el personal y de todo el numerario de este servicio, de lo que se aprovecha para hacer decretar una gran contribución. Vuelve el duque de Borgoña, protesta inmediatamente contra tal medida, declara que ha rechazado 100.000 escudos que le han sido ofrecidos como precio de su aquiescencia y conquista con ello una popularidad enorme, sobre todo en París. El rey, para poner de acuerdo á su hermano y á su tío, les nombra á los dos soberanos gobernadores de los subsidios, pero poco después les quita esta administración, que tan mal estaba en sus manos. Este conflicto y este desorden se encuentran en todo el gobierno del reino.

La misma oposición entre ambos príncipes encontramos en los asuntos eclesiásticos. Los borgoñones sostenían la substracción de obediencia, y la mayor parte de los cardenales de Aviñón habían aceptado la decisión del rey de Francia y se habían establecido en Villeneuve, territorio real; pero Benedicto XIII, sordo á todas las intimaciones, habíase encerrado en el palacio pontifical, resuelto á resistir hasta el último trance. Godofredo Boucicaut, hermano del mariscal, llega con un pequeño ejército, según decía, en nombre del rey y de los cardenales, y el papa es sitiado por los soldados del rey, los aviñonenses y los cardenales; pero todos los ataques fracasan y se hace necesario convertir el sitio en bloqueo.

En tan ridícula situación, el duque de Orleans púsose al frente de un partido que reclamó la restitución de obediencia. La substracción había tenido poco éxito en el mundo cristiano y aun en el reino: los reyes de Aragón y de Castilla, que en un principio se habían adherido á ella, abrazaban ahora la causa de Benedicto XIII; la Universidad de Tolosa protestaba contra «el mal árbol que tan malos frutos había producido,» invención «de gramáticos imbéciles, de sofistas auda-

TOMO II

ces, de dialécticos charlatanes;» y una buena parte del clero de Francia quejábbase de la perturbación introducida en todos los actos eclesiásticos. Benedicto XIII, de ordinario tan violento, habíase abstenido de lanzar sentencias espirituales contra sus adversarios y se limitaba á describir su aflictiva situación en términos conmovedores. El duque de Orleans trabajó activamente en favor suyo, y Gerson, Nicolás de Clamanges y Pedro de Ailli apoyáronle en sus escritos. De resultados de negociaciones delicadas, el sitio del palacio de Aviñón convirtiéndose, en octubre de 1400, en una especie de cortés custodia, obteniendo el papa que sólo le guardaran el duque de Orleans ó sus representantes. En 12 de marzo de 1403, Benedicto XIII, secundado por el mismo enviado del duque, huyó disfrazado y se refugió á pocas leguas de Aviñón, en Chateau-Renard, en tierras del rey de Nápoles. Una vez libre, el papa re-



Moneda de oro de Carlos VI

cobró todos sus prestigios; los cardenales que le habían injuriado y combatido se sometieron, y en el mes de mayo numerosos prelados reunidos en París se mostraron en su mayoría favorables á la restitución de obediencia, y el duque de Orleans, acompañado de los principales de ellos, se presentó al rey y le decidió á prometer sobre un crucifijo esa restitución. Redactóse el acta, que fué publicada en Notre-Dame el 30 de mayo, y el pueblo manifestó gran contento. Pero Benedicto XIII, que había hecho las más solemnes promesas en favor de la unión, no las cumplió, no pudiendo obtener nada de él el duque de Orleans, que fué á verle en Aviñón. A pesar de este fracaso, pudo el de Orleans vanagloriarse de haber hecho prevalecer su política, mientras el duque de Borgoña y la Universidad de Tolosa permanecían aferrados á sus soluciones radicales.

En las relaciones con Inglaterra encuéntrase también frente á frente las dos políticas. La caída de Ricardo II había causado gran emoción en la corte, no obstante lo cual renováronse las treguas, pues si Enrique IV necesitaba consolidar su poder, el rey de Francia por su parte quería asegurar el regreso de su hija Isabel, niña viuda del rey destronado. Entabláronse á este objeto negociaciones que duraron más de un año, hasta que al fin la pequeña reina fué entregada al duque de Borgoña en Leulinghen, en julio de 1401. Inmediatamente el duque de Orleans se presenta como vengador de Ricardo II y de su propia sobrina; hace que se libren varios combates singulares entre algunos de sus oficiales y los ingleses, y él mismo propone en 7 de agosto de 1402 á Enrique de Lancaster un duelo, ciento contra ciento, á lo que Enrique responde que un rey no se bate con un simple duque. Al año siguiente, el de Orleans reproduce su reto con mayor violencia, pero no consigue que la guerra se renude; á pesar de

69